

LA MODA ELEGANTE

PERIÓDICO ESPECIAL DE SEÑORAS Y SEÑORITAS, INDISPENSABLE EN TODA CASA DE FAMILIA

PUBLICA LAS ÚLTIMAS MODAS DE PARÍS EN EXCELENTES GRABADOS—ARTÍSTICOS FIGURINES ILUMINADOS—CONSIDERABLE NÚMERO DE PATRONES TRAZADOS AL TAMAÑO NATURAL—MODELOS PARA TODA CLASE DE LABORES Y BORDADOS—CRÓNICAS—NOVELAS, ETC., ETC.

SE PUBLICA EN LOS DÍAS 6, 14, 22 Y 30 DE CADA MES

Administración: Alcalá, 23, Madrid.

Madrid, 6 de Noviembre de 1893.

Año LII.—Núm. . 41

SUMARIO.

TEXTO.—Revista parisiense, por V. de Castelfido.—Explicación de los grabados.—Crónica de Madrid, por el Marqués de Valle-Alegre.—Prácticas sociales (continuación), por D. Salomé Núñez y Topete.—Las rosas de Villa Eugenia (continuación), por A. Hermill.—Enigmática, poesía, por D.ª Sofía Casanova.—La doctora, por Inocencio.—Correspondencia particular, por D.ª Adela P.—Explicación del figurín iluminado.—Sueltos.—Anuncios.
 GRABADOS.—1. Toque redonda.—2. Bata con fichú.—3. Traje para niñas de 4 a 6 años.—4 y 5. Vestido con chaqueta.—6. Delantal para niñas de 3 a 5 años.—7 y 8. Vestido de paseo.—9 y 10. Vestido para niñas de 8 a 10 años.—11 y 12. Vestido de paño guarnecido de lises.—13. Vestido de recepción.—14. Abrigo de paño y terciopelo.—15 y 16. Vestido para niñas de 6 a 8 años.—17 y 18. Vestido de recibir.—19 y 20. Faldón escotado para recién nacido.—21. Cuerpo plegado.—22. Cuerpo de muselina de seda.—23. Abrigo para niñas de 10 a 12 años.—24 y 25. Capota Cornelia y esclavina Suzana.—26 y 27. Abrigo para niños de 8 a 10 años.—28. Saco de terciopelo y raso para señoras de edad.—29 y 30. Vestido para señoritas.—31. Capelina de tela para niñas.—32. Manguito de fantasía.

REVISTA PARISIENSE.

SUMARIO.

La temporada de París.—El Gran Premio de Otoño y la visita de los rusos.—Novidades observadas el día del Gran Premio.—Dos modelos muy elegantes.—La muselina de sedá.—Las esclavinas.—Otro modelo de vestido.—Sábanas de piel de gamuza.—Las telas tornasoladas y los bordados.—Trenchillas y galones.—Las escaleras de París.—Un doctor desmembrado.—Observación de un filósofo.—En la Audiencia.

La temporada de París se halla este año completamente trastornada: el Gran Premio de Otoño, que se inaugura este año, y la visita de los rusos, son dos acontecimientos de primer orden que han ejercido notable influencia en la vida parisiense, obligándonos á hacer preparativos de toilette, que ordinariamente dejábamos para más adelante.

El día de las carreras del Gran Premio de Otoño, el tiempo se había puesto de acuerdo, por decirlo así, con la estación. Algunas gotas de agua causaron cierta alarma en la muchedumbre, pero la temperatura era deliciosa, sumamente suave, el aire ligero y el cielo de un gris claro; en una palabra, una de esas tardes sin sol que tienen el encanto melancólico de los hermosos días de Octubre.

El estreno de esta nueva fiesta hipica ha tenido un éxito completo. Los vestidos de paño bordado, de terciopelo «miroir», de terciopelo «epinglé» y de moaré «nebuloso» constituyen la parte principal de las toilettes.

Citaré un precioso vestido (croquis núm. 1) hecho de terciopelo color de mora y guarnecido con tiras estrechas de marta cibelina, pero en tan corta cantidad, que el vestido no trascienda á invierno riguroso. Las dos terceras partes de la falda iban cubiertas de un volante fruncido, cortado al sesgo y adornado con una tira de marta formando cabeza. El cuerpo, ligeramente fruncido por delante y por detrás como una blusa, iba cerrado en el lado izquierdo y guarnecido con unas tiritas de marta cibelina figurando un cañesú y descendiendo hasta la cintura. A cada lado, pasando bajo los brazos para remontar hacia la espalda, iban unos cordones de luentas de azabache mezcladas de cabochones gruesos; adorno muy nuevo y original, que sentaba admirablemente sobre este vestido de terciopelo. Las mangas eran unos globos enorres, sobre los cuales sería imposible poner otro abrigo, sino una esclavina ó capa muy ligera, so pena de aplastarlos irremisiblemente.

El sombrero, de terciopelo color de mora, plegado, iba adornado con unas plumas ligeras como un soplo y unas alas de fantasía.

No es tiempo todavía de hablar de pieles, pero todo induce á creer que la parte de este adorno será muy importante el invierno próximo.

En el famoso Gran Premio de Otoño llamó igualmente la atención un vestido lindísimo entre todos y de una gracia incomparable (croquis núm. 2). Era de ondina color de «madreselva», é iba guarnecido con cuatro cordoncillos de cabochones de azabache en el borde inferior de la falda, y una lluvia de los mismos cordones, desde el cuello hasta media falda, sólo en el delantero. Estos cordones quedaban flotantes sobre el cuerpo como unas cintas, fijadas en la cintura y sobre la falda de tres



II.—Vestido. Explicación en el universo de los grabados.



Núm. 1.

anchas de terciopelo, con hombreras de ondina ribeteada de azabache. Sobre los hombros, una especie de gola muy voluminosa de muselina de seda negra, de donde sale una boa de la misma muselina que rodea el talle.

Es merecida en todos conceptos la boga de que disfruta la muselina de seda, pues no hay nada más elegante ni que mejor siente, y se puede hacer con esta linda tela adornos preciosísimos.

He tenido ocasión de ver varios vestidos de raso negro enteramente bordados de azabache, con un volante de muselina de seda indesplegable, de 40 centímetros de alto por lo menos, puesto alrededor de la falda. Es una idea que tendrá mucha aceptación este invierno. Con el raso de color, bordado de lentejuelas ó de cuentas de colores, se adoptará la muselina del mismo color del raso.

Se hacen cuerpos completamente cubiertos de muselina de seda, cuyas mangas, bullonadas y plegadas sobre un forro de seda, llevan unos lazos de cinta de raso como anidados en sus pliegues.

Las esclavinas onduladas, plegadas ó encañonadas, llámense como se quiera, se aplican lo mismo á los trajes que á los abrigos de todos géneros; así á las pellicas como á las capas ó á las chaquetas.

He aquí un traje muy correcto, muy distinguido, destinado á una encantadora americana que se halla de paso en París (croquis núm. 3):

El vestido es de una tela puntillada color de mostaza, roja y negra, una especie de lana inglesa muy original. La falda, completamente lisa, va guarnecida con pespunte. La chaqueta, de corte muy nuevo, va fijada sobre un chaleco de piel de gamuza, que forma una puntita por delante y va abrochada con botones de nácar rubia. Los delanteros de la chaqueta van rodeados de pespunte y adornados con dos



Núm. 2.

botones gruesos de nácar que aparentan fijar la chaqueta sobre el chaleco. La espalda va abriendo, para terminar una aldetita muy encañonada y guarnecida con pespunte. La manga es muy ancha y bullonada, y va guarnecida hasta el puño. Un *jabón*

Este modelo es sencillísimo; su corte es completamente nuevo, y conviene á todas las señoras elegantes.

Se llevarán mucho estos chalecos de piel de gamuza, que moldean tan bien el cuerpo y son de una flexibilidad maravillosa.

Una señora inglesa ha tenido el singular capricho de mandarse hacer sábanas de piel de gamuza, y esta idea ha tenido tal éxito entre las amigas de la original milady, que muchas de ellas la han adoptado, y varias señoras viajan con sus sábanas de piel de gamuza, graciosamente adornadas con lazos y cintas.

Las telas tornasoladas, lanas, terciopelos, moarés, fayas, ondinas, continúan al orden del día.

Los bordados, de cualquier género que sean, participan igualmente, según ya he dicho, de los favores de la moda. Se bordan los vestidos y los abrigos, ya sea al plumetis, ya con trencillas de todas clases y colores. Se hacen también galones, que sirven para adornos y son menos costosos que un bordado sobre la tela. Estos galones suelen ser de paño, de cachemir, de terciopelo ó de raso.

En realidad, no son galones sino por la forma y la manera en que se les dispone; son unas tiras de tela dobladas á cada lado y bordadas de mil modos, al punto de tallo y al plumetis.

Un amigo mío se cayó ayer por una escalera oscura y reluciente como un espejo, y en la caída se hizo varias con-



Núm. 3.

tusiones. Levantóse con trabajo, y con su flena ordinaria exclamó:

—En una casa como ésta debería haber siempre un cirujano atado á la escalera.

Un diagnóstico.

Un alienista redacta concienzudamente la nota siguiente, sobre un individuo cuyo examen le han confiado:

«..... Su memoria ofrece lagunas singulares. Por ejemplo, se manifiesta cada vez que se presenta una correlación entre la idea de personas y la idea de dinero. Así se ha observado que, en estos últimos tiempos, no conocia ninguno de sus acreedores.»

Cierto filósofo contemplaba las inscripciones sepulcrales de un cementerio: «Al mejor de los maridos!» «A la más tierna de las esposas!»

—No hay duda—dijo sentenciosamente—que aquí es donde se encuentran los mejores matrimonios.

En la Audiencia.

El Presidente del Tribunal al acusado:

—¿No ha sido usted sentenciado nunca?

—No, señor Presidente.

—Pues bien; siéntese y aguarde.

V. DE CASTELFIDO.

1.º de Noviembre 1893.

EXPLICACIÓN DE LOS GRABADOS.

Toque redonda.—Núm. 1.

El fondo de esta *toque* es de terciopelo nutria plegado, con un borde de piel de castor. Por delante, sobre el borde, van dos rosáceas de faya color crema, con *airette* coronal blanca puesta detrás de la rosácea de la izquierda. Por detrás, otras dos rosáceas de la misma faya, con un pico que cae sobre los cabellos.

Bata o...

Traje para niños de 4 á 6 años.—Núm. 3.

Para la explicación y patrones, véase el núm. II, figuras 11 á 18 de la *Hoja-Suplemento*.

Vestido con chaqueta.—Núms. 4 y 5.

Para la explicación y patrones, véase el número X, figuras 44 á 52 de la *Hoja-Suplemento*.

Delantal para niñas de 3 á 5 años.—Núm. 6.

Para la explicación y patrones, véase el núm. VI, figura 32 de la *Hoja-Suplemento*.

Vestido de paseo.—Núms. 7 y 8.

Para la explicación y patrones, véase el núm. IX, figuras 35 á 43 de la *Hoja-Suplemento*.

Vestido para niñas de 8 á 10 años.—Núms. 9 y 10.

Para la explicación y patrones, véase el núm. III, figuras 19 á 27 de la *Hoja-Suplemento*.

Vestido de paño guarnecido de bieses. Núms II y 12.

Véase la explicación en el *avverso* de la *Hoja-Suplemento*.

Vestido de recepción.—Núm. 13.

Este vestido, cuyo aspecto recuerda la forma Directorio, es de seda listada color de rosa antiguo sobre fondo verde pálido. El cuerpo, con canesú descubierto de tul bordado, lleva por encima una berta ancha ó fichú de muselina de seda blanca, ribeteada de un volante de tul bordado. El cuello y el corselillo son de moaré *antique* negro. El corselillo lleva dos hileras de botones de plata antigua, y se abrocha como un cinturón, dejando pasar por delante cuatro puntas de almenas. Estas puntas y la cola son de seda listada. La falda es de seda lisa verde pálido, y va guarnecida en el borde inferior con un volante de la misma tela, cubierto á medias con otro volante de muselina de seda blanca. Las mangas, de seda listada, son largas, y van terminadas por una cartera y un volantito de tul bordado.

Abriego de paño y terciopelo.—Núm. 14.

Este elegante abriego es de paño negro con mangas de terciopelo también negro. El forro es de seda negra. Las solapas anchas que llegan hasta el borde del abriego, van cubiertas de tul bordado de felpas. Cuello y corbata del mismo tul. Un rizado de encaje negro guarnece el cuello y las solapas, y su pegadura va cubierta de una pasamanería de azabache. Corselillo de moaré *antique*, formando cinturón.—Sombrero de fieltro negro, adornado con cintas y plumas negras.

Vestido para niñas de 6 á 8 años.—Núms. 15 y 16.

Para la explicación y patrones, véase el núm. XI, figura 53 á 60 de la *Hoja-Suplemento*.

Vestido de recibir.—Núms. 17 y 18.

Nuestro modelo es de crepón de la China color de rosa, pero se le puede hacer de cachemir claro. Consiste en una blusa Princesa, fruncida en el borde de un canesú de bordado erudo. Un bordado igual va dispuesto por delante y en la espalda, dejando los pliegues de detrás abrirse para formar unos pliegues Watteau, coronados de un lazo de cinta con largos caídas. Lazos iguales en el pecho. Manga de bordado y manga bullonada de crepón por encima. Este vestido se abrocha con corchetes por delante.

Faldón escotado para recién nacido.—Núms. 19 y 20.

Para la explicación y patrones, véase el núm. XIV, figs. 69 á 71 de la *Hoja-Suplemento*.

Cuerpo plegado.—Núm. 21.

Para la explicación y patrones, véase el núm. I, figuras 1 á 10 de la *Hoja-Suplemento*.

Cuerpo de muselina de seda.—Núm. 22.

Véase la explicación en el *avverso* de la *Hoja-Suplemento*.

Abriego para niñas de 10 á 12 años.—Núm. 23.

Este abriego tiene la forma de una levita larga semiajustada. Es de paño «Parmentier» y va guarnecido de felpa mordorada y piel de castor. Espalda ceñida y lados de delante que forman el vuelo de la falda; delanteros que cruzan, plegados y fijados en la cadera derecha. Solapas anchas estilo Directorio. Cuello ancho, plano y arqueado de felpa. Cuello alto de piel. Manga globo de paño, y puño de felpa ribeteada de piel. Dos hileras de pespunte adornan los contornos del abriego. Manguito de piel de castor.—Sombrero de fieltro *beige*, forrado de terciopelo color de nutria y adornado con plumas *beige*. Por delante, bajo el ala, brida y lazo de cinta de raso color de grosella.

Tela necesaria: 3 metros de paño; un metro 25 centímetros de felpa, y un metro 10 centímetros de piel.

Capota Cornelia y esclavina Suzana.—Núms. 24 y 25.

La capota es de terciopelo azul, y forma lazo por delante. Detrás, cubrepineza de aletas amarillos de diferentes matices. Un insecto azul y verde va puesto sobre las flores.—La esclavina es de paño color de heliotropo. Se compone de tres esclavinas montadas sobre un forro, el cual va cubierto con un canesú de terciopelo morado. Gola del mismo terciopelo.

Abriego para niños de 8 á 10 años.—Núms. 26 y 27.

Para la explicación y patrones, véase el núm. XII, figuras 61 á 65 de la *Hoja-Suplemento*.

Saco de terciopelo y raso para señoras de edad. Núm. 28.

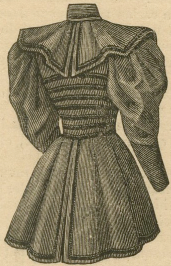
Para la explicación y patrones, véase el núm. V, figuras 30 y 31 de la *Hoja-Suplemento*.

Vestido para señoritas.—Núm. 29 y 30.

Se hace este vestido de lana gris plata, y se le guarnece con pasamanería y fleco de cuentas de acero. Su forma es la de 1830. Mangas caídas con doble bullonado, y berta con fleco de acero. Unos cordones de acero



2.—Bata con fichú.
Explic. y pat., núm. XIII, figs. 60^a á 68
de la Hoja-Suplemento.

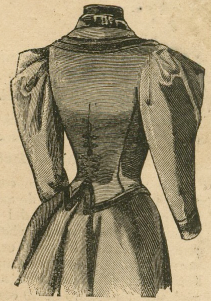


8.—Espalda del vestido de paseo.
Véase el dibujo 7.

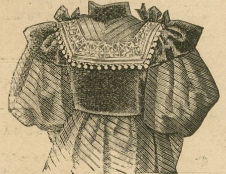


3.—Rajo para niños de 4 á 6 años.
Explic. y pat., núm. II, figs. 11 á 18 de la
Hoja-Suplemento.

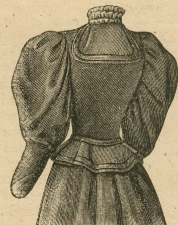
4.—Vestido con chaqueta. Delantero.
VÉASE EL DIBUJO 5.
Explic. y pat., núm. X, figs. 44 á 52 de la
Hoja-Suplemento.



5.—Espalda del vestido con chaqueta.
Véase el dibujo 4.



10.—Espalda del vestido para niñas
de 8 á 10 años.
Véase el dibujo 9.

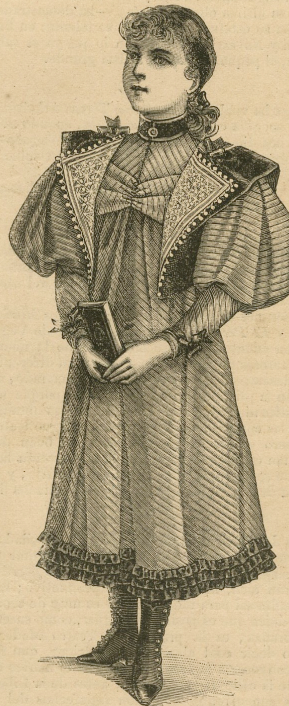


12.—Espalda del vestido de paño.
Véase el dibujo 11.

6.—Delantal para niñas de 3 á 5 años.
Explic. y pat., núm. VI, fig. 32 de la
Hoja-Suplemento.



7.—Vestido de paseo. Delantero.
VÉASE EL DIBUJO 8.
Explic. y pat., núm. IX, figs. 35 á 43 de la Hoja-Suplemento.



9.—Vestido para niñas de 8 á 10 años.
Delantero.
VÉASE EL DIBUJO 10.
Explic. y pat., núm. III, figs. 19 á 27 de la
Hoja-Suplemento



11.—Vestido de paño guarnecido con biéses. Delantero.
VÉASE EL DIBUJO 12.
Explicación en el anverso de la Hoja-Suplemento.

forman el cinturón y adornan la parte inferior de la falda. Chorrera de *sarrah* gris plata.

Capelina de felpa para niñas.—Núm. 31.

Para la explicación y patrones, véase el núm. IV, figuras 28 y 29 de la *Hoja-Suplemento*.

Manguito de fantasía.—Núm. 32.

Este manguito se hace con una tira de *sarrah* color de rosa, de 16 centímetros de ancho por 33 de largo, guarnecida con gata, forrada del mismo *sarrah* y cosida en redondo. Se pasa una cinta elástica por cada extremo, y se pone en cada uno de estos extremos un bullón del mismo *sarrah*, de 3 centímetros de ancho, sobre el cual cae un bullón igual, de 8 centímetros de ancho. Se pone sobre el manguito un cuadro de 50 centímetros, formado por entredoses de encaje negro de 3 centímetros de ancho y cinta de 4 centímetros reunidas. Se pone este cuadro al sesgo de manera que dos ángulos se encuentren en medio, uno de los cuales va fijado en pie. Se pliega el otro ángulo en forma de rosa. Por último, se adorna el manguito con lazos de cinta ancha de raso negro.

CRÓNICA DE MADRID.

SUMARIO.

Cambio de decoración.—Luto y dolor, en vez de gala y alegría.—Aspecto de la corte.—Las recepciones de sociedad.—La noche de todos los Santos.—Una sola reunión.—Bodas.—LOS TEATROS.—En el REAL.—*Rigoletto*.—La Darcée.—El baritone Pini Corsi.—La Arkel en *Lohengrin*.—ESPAÑOL.—Inauguración.—*Don Juan Tenorio* en todas partes.—TEATRO MODERNO.—La Compañía Emmanuel.—Su estrella.



Oué cambio de aspecto ha ofrecido la corte en el breve espacio de dos semanas!

Antes todo eran promesas de fiestas, de reuniones, de saras: nadie hablaba sino de sus esperanzas de gozar y de divertirse en el invierno próximo a comenzar.

Las damas encargaban sus adornos y sus galas, no ya á París, proscrito generalmente por la elevación de los cambios, sino al sastre Peña, cada vez más en favor; á las modistas más celebradas de la capital, que compiten, el uno como las otras, con los mejores de Francia.

Los salones y los comedores se abrían uno después de otro; las recepciones vespertinas empezaban á abundar en las mansiones aristocráticas, y todo anunciaba, todo prometía que la *season* madrileña sería brillante y animada.

Pero ha pocos días, ha dos semanas, una mañana nos despertamos sobresaltados al saber que en Africa eran asesinados nuestros hermanos; que los moros, pacíficos y tranquilos antes, disparaban contra nuestros soldados; que las salvajes kabilas habían emprendido inesperadamente una guerra cruel y sangrienta contra nosotros.

Súpose luego que el oficial A ó B, que un jefe, que varios subalternos habían sido heridos, y la alegría y el júbilo se trocaron en tristeza y dolor.

En breves horas el cambio fué absoluto, total.

Varias familias vistieron luto por deudos y amigos; otras muchas temieron por individuos de ellas pertenecientes al ejército de Africa.

Suspendiéronse, pues, los preparativos de banquetes, de recepciones, de *sauteries*; la atmósfera del gran mundo apareció sombría; en todas partes no se trató sino de la cuestión única; y hasta los socios del *Vélez Club* se conmovieron, enviando al lugar del peligro á dos de los más jóvenes; al hijo menor del Conde de Balazote, D. Mariano Diaz de Mendoza, y al Sr. Ortiz de Zárate, que desempeñó tiempo atrás funciones de confianza cerca del Duque de Tamames.

Este último, residente en Biarritz al lado de su egregia consorte y numerosa familia, conmovióse profundamente al saber el atentado de la morisma, y se ofreció asimismo al Gobierno para marchar á combatirle cual simple soldado. Semejante generoso ejemplo ha sido imitado en otras partes: los mancebos se aprestan á luchar como voluntarios; los potentados ofrecen sus caudales para sufragar los gastos de la guerra, y aquí y allá se hace ostentación de hidalgos y patrióticos ofrecimientos.

Una primera victoria ha venido ya á reanimar los espíritus afligidos en los primeros momentos; y nadie desconfia del glorioso término de un empeño de honra y del triunfo de nuestras armas.

Según hemos indicado, la brillante perspectiva que se nos ofrecía para lo futuro ha quedado en suspenso; nadie habla ya de bailes, de placeres, ni de diversiones.

Las damas hacen hilas para los heridos durante las largas veladas del otoño; la guarnición de Madrid ha salido para diferentes puntos, siendo despedida en la estación del Mediodía del modo más expresivo y cariñoso: trátase de abrir una suscripción pública con destino á las operaciones militares; en fin, el cuadro en conjunto de la corte de las Españas no puede ser más lisonjero ni más consolador. «Aun hay patria», dijo un poeta célebre en una de sus inmortales tragedias, y podemos repetir hoy la frase con satisfacción y con orgullo.

Lo he apuntado arriba, y lo repetiré ahora: ocurre muy poco que deba consignarse en la presente Crónica en el mundo elegante.

Muchas comidas de intimidad ó de confianza en el palacio de los Duques de Denia; en el hotel de la Condesa de Heredia Spínola; en casa de los Marqueses de Perales y de Viana; pero ni siquiera se ha bailado un rigodón en ninguna parte.

La Marquesa de Squilache regresó de su prolongada excursión á las Provincias Vascongadas y al extranjero, y cada noche sienta á su mesa cierto número de personas, que más tarde juegan al *bezique* y al tresillo; la señora del senador D. Jaime Girón ha reanudado igualmente sus tertulias, y la noche del 1.º de Noviembre restableció la antigua y hospitalaria costumbre de obsequiar á sus amigos con los tradicionales buñuelos y las prehistóricas castañas, según lo hacían á principios del siglo nuestros antepasados.

La reunión resultó agradabilísima, amenizada además con la música, ejecutada por insignes aficionados.

Otro motivo para congregarse la gente son las bodas, que continúan siendo numerosas, y lo serán aún más los meses sucesivos.

Una sobrina del jefe del partido conservador, hija de su hermano D. Emilio, se unió poco ha al Sr. Martínez Muñoz, juez del Escorial, siendo padrinos el ex Presidente del Consejo de Ministros y su bella y elegante esposa: el sábado 4 del corriente es la fecha designada para el enlace de la señorita de Tellez Girón, hija de los Duques de Uceda, con el Marqués de Paredes, Duque de Almenara; y aunque el luto que éste viste, por la muerte de un hermano querido, impide que el acto se celebre con pompa y ostentación, como debe tener efecto en el nuevo hermoso palacio de los Duques de Denia, es seguro que revestirá importancia.

La Duquesa de Denia y su marido serán padrinos de los futuros conyuges, y este es un motivo más para que la ceremonia nupcial se efectúe con verdadera solemnidad.

Hasta el teatro Real ha sentido los efectos de las circunstancias: la concurrencia no es ahora tan crecida como en las primeras representaciones, aunque sea siempre distinguida y aristocrática, y á pesar de que las óperas puestas en escena han satisfecho completamente á los espectadores.

Después de *Gi Ugnotti* y *La Gioconda*, cantadas según ya se ha dicho, se puso en escena *Rigoletto*, con un reparto esmeradísimo y notable.

La Darcée era Gilda; la Monti Baldini, Magdalena; Marconi, el Duque; un baritono célebre antes de ser conocido por nosotros, Pini Corsi, el infeliz bufón; y Navarrini, el gran bajo Navarrini, tenía á su cargo el insignificante papel de Sparafucile.

Ocioso es casi expresar que el cuadro resultó perfecto; que el conjunto fué admirable, y que durante la noche no cesaron un punto los aplausos ni las ovaciones.

Hacia años—hacia muchos años—que la satisfacción del auditorio no era tan completa ni tan unánime; tributando aquél las manifestaciones de su entusiasmo á todos los artistas.

Realmente la Darcée es una de las mejores de la época, pues reúne á sus notables facultades un gusto y una delicadeza en la ejecución que van siendo poco comunes.

Marconi está como en sus mejores tiempos, y hubo de repetir hasta tres veces la canzonetta *La donna è mobile*.

El baritone Pini Corsi, el cual no ha mucho mereció la honra insignie de ser elegido por el maestro Verdi para estrenar su última obra—*Falstaff*—ha demostrado que si es pequeña su estatura, es grande su talento: en fin, la Monti Baldini y Navarrini acreditaron lo que ya se sabía: que no hay papel pequeño para un artista grande.

Luego ha vuelto á presentarse Teresa Arkel en *Lohengrin*, siendo acogida como ha cuatro años, cuando al lado de la Gabbi nos dió á conocer otra ópera de Wagner—*Tannhauser*—obteniendo en la parte de Venus un doble triunfo: el del mérito artístico y el de la belleza.

Ahora, como entonces, ha arrancado aplausos el uno y admiración la otra.

El segundo suceso importante de la quincena ha sido la reapertura del primero de nuestros coliseos dramáticos—el teatro Español—que se verificó la noche del sábado último con gran concurrencia y dichoso éxito.

Pusieron en escena *La Escuela de los Maridos*, de Moratin, y *El Perro del hortelano*, de Lope de Vega, estimándose en cuanto vale este homenaje de la nueva empresa á dos autores de siglos y de géneros tan diferentes.

El desempeño de ambas obras fué esmerado, aunque más feliz en la primera que en la segunda; porque ni la señora Argüelles ni el Sr. Bueno se hallan acostumbrados á desempeñar las composiciones de nuestro antiguo teatro.

Espero que la buena voluntad y el buen deseo de un actor tan experto como el Sr. Mata vencerán las dificultades que se opongan á la marcha del trabajo, y que la temporada de 1895 á 94 le proporcione resultados lisonjeros.

Los demás coliseos no han ofrecido novedad alguna, entregados á la vieja costumbre de representar todos—casi sin excepción—el *Don Juan Tenorio*, de Zorrilla.

Harán bien, si el negocio es productivo; harán mal, si no resulta así para todos, lo que es muy de temer.

Lo único que es posible consignar, como suceso digno de mención, es la prueba del Teatro Moderno—y no quiero decir «del alumbrado eléctrico», que fué pretextado para convocar á la prensa madrileña el martes último en la sala de la calle de San Marcos, antes de la Libertad.

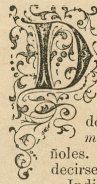
Los concurrentes quedaron satisfechos del aspecto del local, transformado del modo más conveniente; y el Marqués de Villamejor, dueño del edificio, escuchó plácemes y alabanzas de los asistentes, obsequiados más tarde con un *lunch*, según dicen los que ignoran la significación de esta palabra inglesa.

EL MARQUÉS DE VALLE-ALEGRE.

2 de Noviembre de 1893.

PRÁCTICAS SOCIALES.

Continuación.



DE manera que ya lo sabes, lectora: una autoridad tan digna de acatamiento como la del insigne *Cartero honorario*, estima preferible «por lo claro y clásico», escribir, al final de las cartas mensajeras, que *le besa la mano*, en vez de *que besa su mano* como generalmente decimos; y Señor mío en lugar de *Muy señor mío*, como también decimos casi todos los españoles. Tenéis, pues, donde elegir: entre lo que suele decirse y lo que debe decirse.

Indicaremos que la forma más castiza de poner la fecha es ésta: *Madrid y Junio á 14 de 1893*; pero como no es la más usual, vosotras escogedlas.

Los Grandes de España suelen firmar, no sólo poniendo la inicial del nombre propio antes, como, por ejemplo, el Duque de Adasora, que se llamase José, firmaría de este modo: *J. El Duque de Adasora*, sino que firman también las mujeres anteponiendo la inicial del marido, cuando éste es Grande, por supuesto. Ejemplo al canto: si el marido se llama Carlos y es duque de Basapa, pongamos por caso, la consorte, firmará: *C. Duquesa de Basapa*, en las cartas de cumplido, se entiende.

El decreto que un ministro pone á la firma de S. M. comienza así: *Señor ó Señora*, y termina del siguiente modo: *DuCo en Palacio* (Aquí la fecha). (Firma del monarca, y luego la del ministro.)

Se designan con el nombre de *documentos* epistolares aquellos escritos que no son cartas ni tampoco documentos públicos, tales como actas notariales, escritos de abogados, etc., etc., y que pueden calificarse de comunicaciones entre personas que se ponen en relación para asuntos no particulares.

A esta clase corresponden las *instancias*, *memoriales* ó *solicitudes*, las *exposiciones* y los *oficios*.

Para estos artículos se recomienda la brevedad y claridad de concepto, y por lo que hace á la forma, el empleo de las fórmulas usuales.

Las leyes exigen en España, y también en la mayor parte de los países hispano-americanos, que el particular que solicite ó pida algo á las autoridades, bien sean de orden político, administrativo ó judicial, del Estado, de la provincia ó del Municipio, emplee para ello un escrito en papel sellado del precio 0,75 de peseta, tamaño grande (35 x 22 centímetros), doblándolo de manera que deje á la izquierda un margen equivalente á poco más de un tercio de pliego; lugar que se destina á los sellos y anotaciones de que tan prodigas son las oficinas.

Cuando el particular no se dirige á dependencias oficiales, por ejemplo, cuando se trata de una oficina del ferrocarril, de una petición á determinadas sociedades constituidas con oficinas que tramitan peticiones de destinos, de servicios, de beneficencia, etc., sin dependencia del Estado, cabe hacerlo sin el papel sellado, pero en papel de igual tamaño y con fórmula semejante, que facilita el trabajo de la tramitación.

No siempre el particular que se dirige á las dependencias oficiales necesita emplear el papel sellado que veremos corresponde cuando se usa esta clase de escrito. Algunas veces se redacta lo que se llama un *oficio*, que consiste en una mitad del pliego grande (tamaño del sellado), doblado en forma de carta, lo que hace un tamaño mayor que ésta, y luego doblado á su vez, de forma que deje dos mitades á modo de margen en blanco, y en la derecha se escribe..., ya veremos con qué fórmula.

Aunque no se ha hecho una distinción exacta entre lo que son *instancias*, *memoriales* y *solicitudes*, la práctica establece cierta separación. Así, no se dice, tratándose, por ejemplo, de un joven que desea tomar parte en oposiciones para el ingreso en una Academia militar, que ha de hacer un *memorial*, sino una *instancia*. Si se trata de un veterano que quiere obtener una remuneración de beneficencia, se dice que hace un *memorial*. Si es un sargento que concluye su servicio militar y quiere un destino civil, dirá que hace una *solicitud*.

La instancia se redacta en esta forma:

Margen en blanco.	Lugar del sello.
	Excmo. Señor (Aquí el cargo que ejerza éste) (1).
Margen doblado para coser el pliego con otros.	Excmo. Señor:
	Don N. N. (Aquí el cargo que desempeña á oficina en que se ocupa, de... años de edad, natural de..., domiciliado en..., calle de..., número..., exparte... á V. E. con el debido respecto expone: Que (Aquí expresa su deseo).
	Suplica á V. E. se digné, etc.... Gracia que espero merecer de V. E., cuya vida guarde Dios muchos años.
	Madrid (la fecha, el mes y el año, en letra).
	N. N.

La palabra *Suplica* entra en el margen en blanco, y sirve para señalar que allí comienza á determinarse lo que se

(1) También se suele poner esto después de la firma, y casi al final del pliego. Por ejemplo: *Excmo. Señor Ministro de Ultramar.*

desea: es el párrafo que primero leerá el encargado del negociado, para saber al primer golpe de vista lo que desea el que entrega la instancia.

Al escribir en la segunda página, se guardan los márgenes indicados, para lo cual se ha doblado antes un tercio del izquierdo: ahora deberá doblarse á derechas, para que siempre el margen blanco quede á la izquierda; el papel lleva, pues, así varios dobleces.

Memoriales. No será ocioso volver á advertir que el tratamiento de las personas á quienes se dirigen estos escritos (instancias, memoriales, etc.), debe ser lo primero que se averigüe.

En el memorial se pide algo á título eminentemente gracioso, cuyo cumplimiento depende siempre de la voluntad ó gracia de la persona á quien se dirige.

En la instancia y demás documentos, al contrario, se dice también: *Gracia que espero merecer*, etc.; pero en rigor se pide algo que no se puede negar conforme á la ley, ó, por lo menos, que se cree pedir con derecho á conseguir.

La forma que hermosa sea las solicitudes es la de emplear un estilo conciso, sencillo y modesto, manifestando confianza sobre la concesión de lo que se solicita, y prodigando los términos respetuosos y las razones más capaces de convencer.

Aunque la forma, el papel sellado y el margen, etc., vienen á ser lo mismo que en las instancias, la exposición es más solemne, más razonada y extensa.

Toda instancia, solicitud, etc., tiene su frase obligada de: *á V. E. con el mayor respeto expono*, con lo que no quiere decir que sea *exposición*. En el uso corriente se llama exposición el documento en que se pide razonadamente algo á los reyes, á las Cortes, á las altas autoridades; algo que no es enteramente de justicia, pero que no es cosa cualquiera, y que representa intereses respetables. El recurso de *exponer* ante S. M. ó ante las Cámaras es un derecho valioso que con frecuencia se ejercita.

Exposición dirigida á las Cortes: firmarla, pongamos por caso, los alcaldes de varios pueblos, sus ayuntamientos y veinte mil vecinos de ellos, cuyas firmas ocupan muchos pliegos de papel:



Á LAS CORTES DEL REINO.

SEÑOR: (Se da el tratamiento de alteza; ya hemos dicho que este tratamiento corresponde á las Cortes).

Y concluye: *Inspire Dios las decisiones de V. A. para bien del Estado y prosperidad nacional.*

(Aquí la fecha.)

SEÑOR (1)

(Siguen las firmas.)

Es frecuente tener que participar alguna cosa á determinadas autoridades, y para ello valerse de un *oficio*, que ya hemos dicho en qué consiste. El oficio se emplea para dar cuenta al alcalde de barrio de un traslado de domicilio, para participar en la oficina correspondiente del distrito la entrada ó salida de un sirviente en la casa, para avisar en el Gobierno de Provincia un cambio ocurrido en la dirección de un periódico, la suspensión ó variación de un espectáculo, el cambio ó transferencia de un animal doméstico sujeto á impuesto municipal, por ejemplo, un perro, etc. Ítem, tratándose de un particular para con una autoridad.

Además, el *oficio* es la forma de comunicar las autoridades entre sí. El cruce de oficios es constante entre todas las autoridades militares, civiles y hasta eclesiásticas.

Ya hemos dicho que el oficio se escribe en pliego menor que el de carta, y doblado por mitad.

Un ejemplo: *Oficio al alcalde de barrio dando cuenta de un traslado de domicilio:*

Sin fecha al principio ni otro encabezamiento, pero sí con la margen acostumbrada, se dice:

«Tengo el honor de poner en conocimiento de V., de los efectos de las Ordenanzas municipales vigentes, que con esta fecha traslado mi domicilio de la calle de..., núm..., á la calle de..., núm... Y ruego á V. se sirva disponer el traslado correspondiente del padrón vecinal, con lo demás que fuere de igual modo procedente.

»Dios guarde á V. muchos años.

»Madrid, etc.

El cabeza de familia,
N. N.

»Sr. Alcalde del barrio.»

Más sobre las cartas.

La carta es el fiel reflejo del carácter de la persona que la escribe, cuando se escribe espontáneamente, por supuesto.

La vida de un individuo, por regla general, se puede reconstruir recogiendo sus cartas.

Cuando se escribe una carta de recomendación, por ejemplo, en favor de un compatriota que visita países extranjeros, se suele redactar la carta en estos ó parecidos términos:

«Estimado amigo:

»Sabiendo con cuánta amabilidad atiende usted á los españoles que de cuando en cuando se presentan por esa ciudad, me permito, por medio de la presente carta, recomendarle muy atentamente á mi íntimo amigo el señor D. N. ...

»Estoy seguro que usted le recibirá con la amabilidad

(1) Este Señor es ceremonia que precede á las firmas en exposiciones dirigidas al Rey, á las Cortes y á los Ministros.

que tanto le distingue y con la hidalgía casi proverbiales de los españoles, y le dará algunos informes útiles sobre la vida de esa ciudad que usted tan á fondo conoce.

»Reciba usted de antemano mis más expresivas gracias por las atenciones que preste á mi recomendado.

»Sin más por ahora, me repito su amigo y S. S.

N. N.»

Las cartas de felicitación de Pascuas, Año Nuevo, días y cumpleaños, y otras enhorabuenas, tuvieron en otro tiempo grande importancia, pero hoy casi no se emplean más que entre familia.

La tarjeta, sola ó con algunas líneas escritas, ha sustituido á la carta de felicitación, sobre todo en la obligada de Año Nuevo y en la de días.

La felicitación de Navidad se hace poco, ó por mejor decir se confunde con la de Año Nuevo, puesto que el período de tales enhorabuenas empieza el 26 de Diciembre y se prolonga hasta el 7 de Enero, siendo admisible cualquiera de estos días para el cumplimiento que nos ocupa.

En otras ocasiones, por ejemplo, con motivo de la recepción de un grado académico, de un nombramiento para cargo notorio, de un éxito artístico, etc., etc., cabe también el *complimentar* ó felicitar, y entonces suele emplearse más la carta, aunque la tarjeta también predomina.

En los casos, pues, en que se haga uso de la carta, que serán, repetimos, al felicitar á personas de la familia ó de frecuente trato y correspondencia, debe advertirse que lo que más importa es la brevedad.

Conviene distinguir también la frase de respeto con que se felicita á un superior, de la frase cariñosa con que se felicita á un amigo. Son tan repetidas (las frases), que por ello se designan con el nombre de *frases hechas*, y no presentan la menor dificultad.

SALOMÉ NÚÑEZ Y TOPETE.

Continuaré.

LAS ROSAS DE VILLA EUGENIA.

Continuación.

SIGUIERON algunos instantes de silencio, que de pronto interrumpió Elvira para exclamar: —Soy tan caprichosa, que no sé lo que daría por adornarme con unas rosas de las del doctor Franz, para ir mañana á la noche á la reunión que se celebra en casa del Juez.

—¿De qué color las quieres?—pregunté sonriendo como un fatuo.

—Blancas; ¿vas á traérmelas?—interrogó á su vez con desconfianza.

—Sí—le contesté llevando la mano al corazón, para que fuera mi promesa más solemne.

Hablando con franqueza, no tenía la menor intención de hacer tal pedido al excelente anciano, y apenas me separé de mi prima me asaltaron las amarguras del remordimiento; pero ¿me atreveré á confesarlo? al mismo tiempo mi curiosidad experimentaba un nuevo y poderoso aguijón, avivando el deseo de penetrar en aquella existencia que todos suponían llena de misterios.

Luché un buen rato entre dos sentimientos tan contrarios, hasta que al fin venció el que debía vencer.

—¿Qué me importa después de todo?—dijo para mí.—¿No sería horrible ingratitude pagar la simpatía que me abre de par en par las puertas de su casa, espíandole y habiendo públicos los secretos que sin duda tiene interés en callar? Mañana volveré á la Villa Eugenia, pero ni una palabra diré de las rosas.

Mi conciencia me decía que esta era la solución más leal que podía dar al asunto, y me acosté firmemente resuelto á llevarla á cabo; pero hace mucho tiempo que un moralista sin ilusiones ha escrito: «*El infierno está empedrado de buenas intenciones.*»

Y mi conducta debía ser una prueba más de este argumento desolador.

Cuando me levanté al siguiente día, murmuré con un airecillo conquistador que merecía un par de bofetones:

—¡Calle! esta noche es la reunión en casa del Juez, y he prometido á Elvira una rosa blanca del jardín del Doctor. ¡Picarilla! ¡qué bien ha sabido elegir, para que armonice con sus hermosos cabellos rubios! Llegar, pedirla, dármela y volver, es cuestión de una hora; y cuando pienso en mis reflexiones de ayer, veo que di á este asunto una importancia que no tiene. ¡No se morirá el excéntrico Franz por hacerme este favor!

Desayunéme rápidamente, gracias á los mimos de mi nodriza; aboté con trabajo mi uniforme, porque el régimen de la cocina paterna, muy superior á la del colegio, me lo había dejado estrecho en seis semanas, y tomé el camino de la Villa Eugenia.

Marchaba de prisa, y hacía todo lo posible por concluir con mis vacilaciones: alta la frente y trastornada la cabeza de orgullo, sentíame capaz hasta de romper los cristales y robar la palabra del misterioso enigma al par de la rosa prometida; el guño burlón que me habían hecho los aterciopelados ojos de Elvira, al cruzarme con ella en la plaza de la Iglesia, añadía á mi resolución una vehemencia que ciertamente no necesitaba.

Por fin, avisé la casa del Doctor: en aquel momento me parecía á los malos tenores, que fuerzan las notas para llegar al tono sin conseguirlo, y desgarran los oídos con el afán de probar que no tienen miedo. Cuando llegué á la verja, así la cadena de la campanilla y tiré de ella con fuerza desusada.

—¿Está el señor Doctor?—pregunté llevando ligeramente la mano á mi kepis de colegial.

—Para usted está siempre—me respondió con bondadosa sonrisa la anciana Francisca, única sirvienta del Doctor,

hacia más de treinta años, y que desempeñaba en la casa las triples funciones de ama de llaves, criada y cocinera.

Al mismo tiempo me indicó el despacho de su señor; subí ligeramente los tres escalones que le separaban del nivel de la galería, y di un golpecito en la puerta.

—¡Adelante!—me respondió.

Obedecí, y me encontré en presencia de mi amigo: se hallaba pálido, y me pareció más triste y pensativo que lo había visto nunca. Con todo, apenas me reconoció dilató sus labios una sonrisa y lei en sus ojos la más afectuosa de las bienvenidas.

—¿Es usted, hijo mío?—me dijo con una dulzura que estaba lejos de merecer, á la par que me tendía la mano.—¿Qué buen viento le trae por aquí? A lo que parece es la brisa matinal—añadió mirando el reloj, que señalaba las ocho menos cuarto.—¡Tanto mejor! hace un siglo que no se deja ver.

Sólo había faltado tres días; pero el sencillo y bondadoso anciano estaba acostumbrado de tal modo á mis visitas, que le entristecía no recibirías.

—He tenido muchas ocupaciones—respondí por decir algo.

—Y también penas. He sido joven, y comprendo las que sufre usted—murmuró con un suspiro.—Las vacaciones concluyen, y las despedidas no tienen nada de alegres.

—Es muy fastidioso volver al colegio—repliqué, plenamente convencido de la verdad que decía.

—No del todo cuando se ama el trabajo y se tienen amigos—respondió más vivamente de lo que solía.—¡Amigos!—prosiguió con acento melancólico.—En el colegio es donde se crean verdaderas amistades. Esto se conoce más tarde, cuando ya no existen los que nos ayudaron á soportar las primeras pruebas de la vida.

—¿Ha perdido á los suyos?—pregunté con aparente sencillez, pero ansioso de penetrar en el fondo de su alma.

—¡Lo he perdido todo!—contestó.

Al pronunciar estas frases tuvo su voz una inflexión de tan profunda tristeza, que me hizo estremecer: en un instante cambié de ideas, y me avergoncé de la parte que había tomado en la miserable intriga que se tramaba para descubrir los secretos del Doctor.

—Y bien—pensé, con firme propósito de cumplir esta vez mi palabra.—Elvira dirá que soy un presuntuoso, pero que diga lo que quiera; por nada del mundo mortificaré á este buen anciano, que debe haber sufrido mucho.

¿Sospeché el doctor lo que pasaba por mí? No podría afirmarlo. Pero clavó sus ojos en los míos, y aquella mirada fué tan penetrante, que me ruboricé como una doncella.

No sé qué giro habría tomado nuestra conversación, según el estado de ánimo en que nos hallábamos, si no entrara Francisca para avisar la llegada de uno de los pocos clientes que conservaba el Doctor. Contento de hallar un motivo para ausentarme, cogí equivocadamente el sombrero del anciano, y me dispuse á marchar.

—Vuelva usted á despedirse de mí—me gritó desde el umbral de la puerta;—no sé lo que le encuentro hoy, pero afirmaré que tiene usted algún disgusto.... Espere usted, que se lleva mi sombrero.

Abochornado de tal distracción, lo dejé, y tomé mi gorra, lanzándome á la calle para respirar libremente; pues franco por carácter y educación, aquel rato de fingimiento me pesaba más de lo que sabría decir.

IV.

¿Había hablado Elvira á sus amigas del compromiso en que me hallaba? Como era ya medio mujer, séame permitido sospecharlo. El hecho es que mi aventura hacía ruido en el pueblo. Se sabía que iba á Villa Eugenia, y que mi prima, cuya malicia superaba á su edad, me había desafiado á traerle un ramo de las preciadas rosas que allí se cultivaban.

Así, cuando volvía á casa, atravesando valientemente la calle Real, más de un curioso me esperaba al paso y me miraba con un descaro que me hacía mal. Las mujeres, más discretas, pero no menos interesadas en averiguar el resultado de mi fanfarronada, sólo se atrevían á levantar una punta de la cortina ó visillo que cubrían las ventanas.... Pero ellos y ellas pudieron fácilmente comprobar que traía las manos vacías.... Al comprender que iba á ser objeto de todas las conjeturas, sentí despecho mezclado á falsa vergüenza, y tuve que dominarme para no dejarme llevar de un arranque de cólera.

Cuando llegó la noche, sentí violento deseo de pretextar jaqueca y acostarme temprano; pero, temiendo aburrirme, desistí de tal idea. Deseara además saber qué se decía de mí, y cómo me tratarían después de una derrota que me era imposible negar. Por fin, tras de largas y enojosas reflexiones, me fui á casa del Juez.

Encontrábase allí lo más escogido de la aristocracia de nuestra villa, y preciso es confesar que hasta sin las circunstancias agravantes en que me hallaba, el cuadro era demasiado imponente para un pobre colegial. Todas las jóvenes lucían flores en el pecho y los cabellos; así, contemplado desde la puerta el severo salón del magistrado, presentaba un golpe de vista encantador, porque semejaba un ramillete colosal.

La sola nota oscura en tan brillante cuadro era mi prima, que, con el caritativo fin de ponerme en ridículo, había conspirado con sus compañeras, resultando la *única* que no tenía ni una hoja verde en toda su persona; confiada sin duda en las problemáticas rosas que el *amigo* del Doctor debía traerle, no puso á contribución (como otras veces) la bien provista estufa de nuestra casa; mostrábase, por consiguiente, huérfana de todo adorno, aunque nada perdiera en ello el atractivo de su maliciosa hermosura.

—¿Y mis rosas, caballero?—me dijo apenas me acerqué á saludarla.

—¡No había ni una!—respondí, afectando la serenidad que no tenía para mentir descaradamente.—¿mas qué importa? No te hacen falta flores para estar bella.



13.—Vestido de recepción.

—Rosas y no cumplidos es lo que quiero—contestó secamente;—¿por qué vienes sin lo que ofreciste?

—Porque no las hay.

—No deberías haberte comprometido.....

—Es verdad, y lo deploro sinceramente; pero comprenderás que con hacer cada cual lo que puede.....

—No es bastante, por lo que se ve—interrumpió enojada.

Después de estas frases que habíamos cambiado vivamente, pero en voz baja, Elvira se volvió á una de sus amigas, y del ramillete que tenía en la mano arrancó un puñado de madreselvas y jazmines, que se plantó como un

penacho encima de la coronilla, tornando luego á emprender conversación con sus amigas, como si yo no estuviera allí.

He dicho que cambiamos nuestras explicaciones en voz muy baja, y, sin embargo, tal es la malicia de la sociedad, que estaba seguro habian adivinado los que nos rodeaban el asunto que tratábamos: mortificábame tanto esta idea, que no sabia dónde volver los ojos, y tan inquieto como si me hallara en medio de un zarzal, aguardaba y temía que alguien tomara la palabra.

El ataque no se hizo esperar.

—¿Le gustan á usted las rosas?—me preguntó la señorita

próxima de Elvira, que era la más íntima de sus amiguitas.

—Si por cierto—le contesté;—y me gustan doble cuando no tienen espinas.

—Es una clase que no se encuentra en nuestros jardines.....

—Pero si en el del doctor Franz—añadió otra, que con maligno placer se arrojaba á la arena en que me destrozaban aquellas lindas panteras con uñas color de rosa.

—Puede ser—respondió mi prima, haciendo un felicitoso mohín;—pero las rosas de Villa Eugenia están guardadas por un dragón que se come á los colegiales.

Senti que toda la sangre se me agolpaba al rostro, mien-



14.—Abrigo de paño y terciopelo.

Copyright, 1893, by Harper and Brothers

tras un alegre coro de carcajadas aumentaba mi confusión: por desgracia no conocía lo bastante el mundo para tener aplomo, y perdí completamente la cabeza, diciendo necesidades que por cierto no mejoraron la situación. Durante buen rato hice el triste papel de Don Quijote, sin hallar gracia en mis enemigas, que me azotaban sin piedad con las rosas que no había cogido; y confesé para vergüenza mía que, sin valor para arrostrar aquellas burlas, quise, como todos los cobardes, salir del apuro con una bravata.

—No se ha dicho todavía la última palabra en este asunto—exclamé, imponiendo silencio á un grupito cuyas ironías, agudas como alfilerazos, me habían hecho perder la

poca paciencia con que plugo á Dios dotarme:—he prometido á mi prima un ramo de rosas, y juro que lo tendrá.

—De Navidad entonces—murmuró Elvira, con el acento burlón que tenía el privilegio de encenderme la sangre:—¿no te marchas pasado mañana para no volver hasta Diciembre?

—¿Y cuánto tiempo es necesario para coger un ramo de rosas?

—Al paso que vas, lo menos cincuenta años—me respondió sonriendo.

—Mañana las tendrás—afirmé con una mirada que la hubiera asesinado si fuesen pistolas mis ojos.

—¡Las tendrá!—dijo enfáticamente la amiga íntima.

—¡No las tendrá!—replicó otra muchacha á quien divertía demasiado nuestra escaramuza para querer que acabara.

—¡Van á apostar por mí como apostaron el domingo en las carreras de caballos!—pensé, horrorizado de tal idea.

Volví á casa de muy mal humor, descontento de los demás y de mí: conocía que estaba comprometido en una tontería, de la cual, fuera el término que fuera, había de salir con algunas tiras de piel menos: cuando se tiene esta seguridad, sólo queda el recurso de confesar la culpa y resignarse á las consecuencias, pero era tan cobarde que no me determiné.

Después de una mala noche, me levanté lleno de dolorosas preocupaciones; pero me juzgaba tan en ridículo a vista de todo el pueblo, que murmuré mientras me vestía rápidamente:

—¡No pasa de hoy!

Después de todo, ¿qué podía suceder? ¿que rehusara darme las rosas? Pero tendría que justificar su negativa con razones, y éstas revelarían el misterio.

En tal disposición de espíritu, salí de casa y me dirigí a la Villa Eugenia. Mi visita no necesitaba explicaciones. ¿No me habían rogado que fuera a despedirme?

V.

Una feliz casualidad me hizo encontrar a mi anciano amigo en su jardín. Cortaba un ramillete de las famosas rosas, que eran hacia ocho días el tema de todas las conversaciones. Francisca seguía de cerca al Doctor, sosteniendo una canastilla de junco, donde aquél depositaba cuidadosamente las flores, apenas separadas del tallo; tenía demasiado interés en observarle, para no advertir desde luego que el anciano se contrarió al verse sorprendido en su tarea; con todo, después de estrecharme afectuosamente la mano, todavía cortó dos rosas blancas, una púrpura y otra de Bengala, cuyos delicados pétalos conservaban gotas de rocío brillantes como piedras preciosas.... Después dobló y guardó las tijeras de que se servía, y despidió a Francisca con un gesto afectuoso, y mientras la sirvienta se dirigía por una escalera falsa al despacho del Doctor, éste me miró con más atención que hasta entonces lo había hecho, hundiendo, por decirlo así, sus claras pupilas color turquesa en mis ojos, que mi turbada conciencia debía tener inquietos y sombríos.... Mi situación en aquel momento se parecía a la del infeliz que va a cometer una mala acción, que lo sabe.... lo ve.... y sin embargo no retrocede.

Entretanto daba vueltas torpemente a la gorra, y buscaba, sin encontrarlo, el medio de formular mi petición.

—¡Hum! ¡hum! ¿en qué piensa usted?—me dijo de pronto.—Cúbrase la cabeza, que corre una brisita muy a propósito para atrapar una pulmonía.

—¡Buen tiempo para los médicos!—respondí, tratando de mostrarme alegre.

—Si, cuando quieren más a las enfermedades que a los enfermos; pero ha venido usted hoy muy temprano, dicho sea sin malicia ni reconvencción.

—Para verle más pronto—contesté, con una candidez prima hermana de la tontería.

—Es usted muy amable; pero crea que no ha puesto su amistad en un ingrato. Los momentos que me dedica usted son tan agradables para mí, que voy a echarlos mucho de menos: ¡quizás habría sido mejor que no nos hubiéramos conocido!

Estas dulces palabras fueron directas a mi corazón, y despertaron en él amargos remordimientos: balbuceé un cumplido que pareció satisfacer al anciano, y hasta pensé marcharme; pero tenaz en el fin que me proponía, dominé los buenos impulsos y afecté concentrar toda mi atención en los magníficos rosales que nos rodeaban.

—¡Qué hermosas rosas tiene usted!—le dije de pronto. Apenas pronuncié estas frases noté que una súbita llamarada encendía sus mejillas siempre pálidas.

—Es cierto—me contestó fríamente;—creo poseer las más bellas especies del país; también puede usted notar que no se cultivan aquí otras flores; mi jardín se halla consagrado a las rosas.

—Y, según veo, también lo está usted—repliqué con risa forzada.

—Confieso que me agradan en extremo.

—¡Se conoce!—añadió mirando en torno mío.

Sin duda le era grato este asunto de conversación, porque noté en su rostro animación extraordinaria; hizome pasear lo un lado a otro, y me dijo las numerosas variedades que á fuerza de paciencia y trabajo había obtenido: todos los colores y matices estaban allí como sobre una paleta suave y armoniosa; desde las rosas púrpuras, que podían luchar en brillantez con el fuego, hasta las blancas de pétalos nacarados, finos como la seda; toda una pared desaparecía bajo un soberbio tapiz de rosas de China, cuyas hojas brillaban como el oro á los rayos del sol; dos arriates se hallaban llenos de aquellas á que Bengala ha dado el nombre, y cuyos cálices parecen copiar el rubor de la inocencia. Jamás había visto tantas clases de rosas, y comprendí fácilmente la celebridad que tenía en toda la comarca el jardín del Dr. Franz. Al expresar mi admiración y entusiasmo, el anciano los aceptó con infantil alegría.

—Y eso que ahora no hay casi ninguna—me dijo;—la estación es muy avanzada, y sólo quedan los últimos retoños; todas las de primavera han concluido; pero vuelva usted á principios de Mayo y verá maravillas: tengo una colección de eglantinas que á nada pueden compararse; las hice traer del fondo de Escocia.

Concluirá.

A. HERMILL.

ENIGMÁTICA.

Esbelta y rubia, de su noble raza
Las grandezas refleja su persona:
Tiene su distinción algo de altivo
Que los graciosos movimientos borran.

Desdénosa sonríe cuando escucha
Los elogios que inspira su belleza;
La sigue una legión de adoradores
Y escéptica sonríe á sus promesas.

Y suele la ironía de sus frases
Horir á quien la escucha, si no advierte
Que, irónica ó altiva, en sus miradas
Un rayo bondadoso luce siempre.

Hermosa y joven, millonaria y libre,
Halla siempre á su paso la victoria;
Mas también á la envidia que vocera
Y á su hermana la crítica curiosa.

Dicen unos que es pífida y mudable,
Que egoísta disfraza su egoísmo,
Que quiere ser la esposa de un monarca
Y un imperio regir á su capricho.

Mas se sabe que un rey de ella prendado
Lloró á sus plantas por llamarla esposa,
Y que ella, ni altanera ni sensible,
Rechazó el poderío y la corona.

Dicen que de la gloria enamorada,
Su nombre quiere unir al de un artista
Que perpetúe su hermosura regia
Y haga un triunfo perpetuo de su vida.

Mas se sabe también que el gran poeta
Que al pueblo despertó con sus cantares,
La percepción intensa al darle un día
De fines y destinos inmortales,

De la noble beldad enamorado,
Cantó su amor en los famosos versos....
Versos en los que el ritmo, la palabra,
La ternura, el amor, ¡todo es eterno!

Y ella, cual antes desdeñara un trono,
Desdén del poeta amor y gloria,
Sin que nadie comprenda lo que quiere,
Ni si es buena ó pífida la hermosa.

Que jamás tuvo amor, el mundo sabe,
Que á su edad imposible es el hastío;
Mas ¡por qué la ansiedad y el descontento
Y la inquietud creciente de su espíritu?

¡Viajar, siempre viajar! Esa es su vida,
Cual si obediente á misterioso impulso
Un fantasma ó la dicha persiguiendo,
Su sino fuera recorrer el mundo.

Frívola en Niza, pensativa en Roma,
Deslumbrante en París, triste en Venecia,
Doquiera va parece que la falta
Un algo de ella misma, ausente de ella.

Todos al conocerla la definen,
Sin que de acuerdo estén las opiniones:
—*Neurópata*—llamóla en Inglaterra
El más sábio doctor de los doctores.

Y un célebre psicólogo, al oírla,
Dijo de ella con tono indiferente:
—*Alma sin voluntad*. Esta no sabe
Ni por qué vino aquí, ni por qué siente.—

—*¡Necia!*—llamóla un tonto desdénado,
—*¡Hipócrita!*—una amiga predilecta,
—*¡Ángel!*—un porfiado moribundo,
Y un Don Juan á la moda—*¡buena hembra!*—

Yo la he visto pasar mirando el cielo
Por un bosque grandioso de Polonia;
Yo la he visto pasar pálida y triste,
Y esquivando la fiesta, llorar sola.

Y pensé en esas almas sin ventura
Que, cual aves del cielo desterradas,
Ni el amor de los hombres las conmueven,
Ni del mundo los goceas las halagan.

De ellas es la inquietud dominadora
Y el vago malestar del descontento,
La viva pulsación de los que aspiran
Al mundo prometido ó que perdieron.

Criaturas extrañas que, anhelando
La vida y el amor como lo sueñan,
Se abrasan en amores ideales....
¡Y pasan insensibles por la tierra!

SOFÍA CASANOVA.

San Petersburgo, 1893.

LA DOCTORA.

I.



inútil, mamá: no hablemos más del asunto.
—Pepe, eres tan obstinado como tu padre,
que á tu edad pertenecías al *Club de los solte-
ros*; lo cual no fué obstáculo para que, al co-
nocerme, cambiara de modo de pensar.

—Pero semejante cambio fué lógico, pues
á mi padre sólo se le proponían muchachas que
limitaban sus ambiciones á cantar una romanza
ó opear mejor ó peor el piano, saludar con elegancia
ó bailar un minué; mientras que á mí....
—Bien tratas á las jóvenes de mi época....

—Perdóneme usted, mamá; pero no me niegue que la
educación antigua, la de las jóvenes de su generación,
era más sencilla y más lógica que la de algunas marisabidillas
de hoy; que desde la niñez se las había preparado para su
futura misión de esposas y de madres, y que eran el ángel
del hogar, que sabían preparar un postre y reparar unos
calcetines.

—Pepe, es bien extraño que yo, una vieja, tenga que
combatir tus preocupaciones. En mis tiempos, como siem-
pre, abundaban las tonterías, y ninguna mujer de regular ta-
lento se resignaba al papel demasiado secundario á que los
señores hombres querían reducirlos. Lo que os asusta hoy
no es la instrucción de vuestras mujeres, sino vuestra pro-
pia ignorancia.... ¡Cuestión de amor propio!

Yo quise protestar; pero mi mamá, que estaba inspirada,
prosiguió diciendo:

—¿Es decir, que tú crees que el griego, el latín y la lite-
ratura son incompatibles con la modestia, la gracia y las
condiciones domésticas de la mujer?

—¡Pues no he de creerlo!.... Sin género de duda.

—Bueno, pues acompañame esta noche á casa de las se-
ñoritas de Buitrago, y no se hable más de proyectos matri-
moniales.... Verás á las gemelas, juzgarás de sus méritos
por tí mismo.... Pero te dejo en tal libertad, que en lo su-
cesivo no he de darte informes ni consejos de ninguna cla-
se.... aunque tú me los pidas.

II.

Casarme con una doctora.... Verdaderamente que mi
madre no me quería bien.... Antes hubiera preferido arro-
jarme desde el Viaducto, y habría sido más rápida mi
muerte....

¡Una doctora á mí, hombre de treinta años y de juicio!
¡Una doctora, después de lo mucho que he bailado en los
salones y asistido á los teatros, viendo convertirse en solte-
ronas á tantas muchachas casaderas! ¿Qué te he hecho yo,
cruel mamá, para que tan mal me quieras, y por qué ha-
brás encontrado, después de quince años de ausencia, á la
viuda de Buitrago y sus hijas gemelas?

III.

Per fin llegamos á la casa temida.

—Amiga mía, te presento á mi hijo.

—¡Ah! ¡Este es Pepito!....

Esta exclamación me turbó, poniéndome en ridículo desde
el momento mismo de entrar en el salón.... Ya comprendo
que es natural su asombro, habiéndome conocido de colegial
novillero; pero treinta rostros, desconocidos para mí,
se han fijado en este Pepito de largos bigotes, y cuyo pelo
empieza á tocar retradado.... ¿Por qué no me ha preguntado
también por mis primeros pantalones largos, ó me dice si
he traído mis juguetes?

Afortunadamente, la señora viuda de Buitrago ha tenido
la oportunidad de tributarle un elogio que me devuelve
la tranquilidad, y en seguida se hace mi presentación á las
señoritas.

Son gemelas, como ya he dicho, rubia la una y morena
la otra, de igual estatura, iguales vestidos y adornos igua-
les. María, la morena, es muy bella, una verdadera estatua
griega, una Palas ateniense; tiene líneas puras y frías, y
una negra cabellera en forma de diadema.

Mercedes es menos imponente, linfísima-también, con
hojuelos en las mejillas y cabellos rubios, tan rubios como
el oro, voz clara y armoniosa, y una sonrisa verdaderamente
infantil.... De seguro que, á pesar de sus veinte
años, juega todavía á las muñecas cuando no la ve la gente.

Seguramente que no es ésta la doctora.... Mi mamá no
me ha dicho nada, ni yo debo preguntarla, porque sólo la
duda constituiría una ofensa para Mercedes. La doctora
debe ser la bella, grave y escultural María, cuya voz pa-
rece hecha expreso para cortar exámetros ó interpretar á
los clásicos griegos.

—Mi madre me ha advertido que es una reunión íntima, y
dejando á la Palas ateniense, ofrezco mi brazo á Mercedes
para bailar. Entre dos valeses, hablo con mi pareja de mil
asuntos fútiles, para no molestarla con cuestiones eruditas,
y en un cuarto de hora he podido juzgarla: es una encan-
tadora muchacha, algo maliciosa, pero franca y sin preten-
siones. Adora la música, pinta algo, y el año último, en
casa de una tía suya, se ha divertido mucho haciendo dulce-
ces.... ¡Qué excelente ama de casa había de hacer con su
delantil blanco y las mangas alzadas hasta el codo! ¡Mi
sueño de toda la vida! Una mujercita fresca, sencilla, y
que me dijera: «Pepe, ¿quieres probar esta compota que he
hecho?» Esto es de lo que llega siempre al corazón del
hombre; ¡para que lo hiciera una Doctora en Letras!

Entonces desarrollo con entusiasmo mis teorías sobre la
educación y los destinos de la mujer.... ¡Esposa y madre!
El ángel del hogar! Ni más ni menos.... Maliciosamente
lanzó algunos dardos contra el pedestal de la diosa griega,
haciendo resaltar los talentos domésticos que debe tener
Mercedes; pero pronto me arrepiento, porque la pobre mu-
chacha se ruboriza, y acaso se entristece viendo mi poco
aprecio hacia los talentos clásicos de su hermana María.
Debo hacer que se me perdona esta inconveniencia, solici-
tané un rigodón de la Palas ateniense.

IV.

—Vamos, Pepe—me decía mi madre, cuando nos retirá-
bamos—¿sientes haber perdido la noche?

—La frase es dura, mamá: aun cuando fueran menos
amables la señora de Buitrago y sus hijas, nunca sentiría
haber cumplido su deseo acompañándola. Por lo demás,
mis opiniones son fijas é invariables; me fastidian las doc-
toras.

—Nada, hijo mío; ya te he dicho que eres libre.

Y en los labios de mi madre se dibujó una sonrisa, mi-
tad burlesca, mitad de satisfacción.

V.

—Mercedes! ¡Mercedes! Tu vestido azul acompaña to-
dos mis sueños.... ¿Por qué tienes los ojos del mismo color
que tu vestido? ¿Por qué parece una corona de oro tu cabe-
llera? ¿Por qué se forman en tus mejillas esos hoyos al son-
reir?... Tu hermana María tiene para mí la fría majestad
de las estatuas, y me impone verdadero respeto su frente
de marfil.... Sólo á tu lado es como me encuentro bien.

Desde hace ocho días mi imaginación está fija en tí, en
tí exclusivamente.

VI.

¡La he vuelto á ver, la veo todas las semanas!
La señora de Buitrago recibe los miércoles por la noche,
y todos los viernes por la tarde vienen á casa de mamá. En